

CELEBRACIONES

JAMAS PERDIERON LOS NIÑOS DE LA LOCURA

*Jamás perdieron los niños de la locura
el magnífico amanecer que dice «amémonos los unos
a los otros»; ni el buitre de la ansiedad tocó tierra
cuando se trató de la codicia o el sufrimiento.
El Bosco se dedicó a endulzar de bellas niñas desnudas
una región demasiado agreste,
y a poblar de demonios el corazón de los insensatos,
que casi siempre se ocupan de espantar al mundo
desde la Antigua Roma.
Brueghel, que sin saberlo pertenecía al mundo de la Muerte,
vio a los demás como a un rebaño de alegres idiotas,
danzando al compás de una música de aldea.
Y aunque Holbein y Dante fueron los verdaderos sabios,
los viejos sueños participaron también de la conquista
y, en cierto modo, la Capilla Sixtina inició contra
su voluntad el desmoronamiento de unos cuantos reyes.
Es por eso que los Jardines del Ocaso parecen ser
más floridos y tiernos que los Jardines del Optimismo.
Desde que las bestias lógicas, dotadas del saber racional,
juegan su papel de ángeles sin ser ángeles,
y verduras son del poder y el tormento que abre
la trampa para los ilusos.
Ni aquel juglar medieval se enamoró de la podredumbre,
ni su canción tuvo alabanzas en el frontispicio de Notre Dame.
Alguna vez, Blake obedeció al infierno y dijo: «La vergüenza
es la copa del orgullo», porque no pudo ser inocente
ni aconsejó de los adoradores de palacios y reyes,
que a decir verdad tampoco lograron el reino de los cielos.
Y aunque jamás perdieron los niños de la locura,
tampoco pudieron demoler las duras paredes de la incomprensión.*

*que tiene el aspecto de una rara flor tan curiosa
como inservible. Es decir, el mismo fuego de sus divisas.
Y desde entonces el mundo pertenece a vendedores de pájaros,
aduladores lógicos y jugadores empedernidos de la fe.*

CELEBRACION DE LOS CUATRO ABUELOS O EL GAY SABER

*El panorama es desde este puente de Incendio
que exige el vuelo sobre la ciudad y el río.
De luminoso espíritu en la piedra que lava su decir
en agua de roca
y en las estrellas ocultas de Dolores,
la que lava su decir en la gran llama de las ilusiones.*

*Organizador de Caos: ¡Devuélveme la claridad de la llama!
Aquí te conjuro
con la furia eterna que se cocina en el interior de la tierra,
en la sal de las durezas fósiles,
en los metales firmes,
en el Iniciático vuelo de las visiones.
Yo soy el Ángel de la coronación, el primum nobile
de los esmaltes y las luces, que escribe desde el Imperio.
En las ardientes Bodas de la Claridad,
como en la jaula de los Malignos,
se repite la gran consagración de mi alma.
La tierra lava mis sueños en su Escritura.
Es la inevitable Purga de los sentidos.
Cábala de las Ausencias dormidas, atrapadas en la meditación.
El aire lava las ilusiones y siente mi dolor
como las vivientes Plantas de Agustina,
la que espera la nueva estación en las Nupcias de los elementos:
aire con fuego, tierra con agua para esa mansión secreta
de la luna donde la sal predomina como la Noche
y el Número en el espíritu devorado por la fatalidad.
En el Tri Mégalstros de la sabiduría que toca su música.
En el mineral la rosa
y en el pájaro la llama de la peregrinación
de los alegres días del Tiempo.
Brújula de los mares que oyeron mi nacimiento
en una Sinfonía de vibraciones eternas y ácido que corroe la piel
y cáncer que se come los huesos.*

*El agua lava mi visión
como el perfume vitaliza mis sentidos y el mal purifica las voces
del gran cántaro de los recuerdos;
así como el néctar atrapa las almas en un trapiche viejo.
Pócima purificante de Eduardo,
llamado en el segundo año de la quinta década
y en los Cielos de los Mil significados
que se cerraron para Manuel, el invisible para mis ojos.*

*En el río desconocido que no deja de correr dentro de mí.
En el comienzo y en el fin de todas sus luces.*

FAVILA CLARA

*Cuando la llama de afuera
dice, sé mi laurel de adentro
(monje que escribe el adiós
en el incienso hacedor del reino),
he ahí el festejo de mi Canto.
Cuando mi luz interior viste
de pálidas sedas al ritual secreto
de mi luz exterior,
he ahí mi gusto por la Claridad.
Cuando un talismán de piedra
queda aprisionado en el fuego solar
lejos de las águilas salvajes,
he ahí la pintura exacta
del Tiempo en el corazón.
Pero cuando un animal feroz
deja reflejado el pánico en el fuego,
que es alentado por el propio fuego,
hasta quemar sus esmaltes de plata,
he ahí mis ángeles del aturdimiento.*

PARA MATAR AL MANCEBO

*Y ahora que te pudras, Manuel Ruano, en el trapecio ardiente
del corazón,
hasta que te amporen las flores pálidas de algún dios,
y obren sobre ti las elegantes manos del arrepentimiento
en su opus final.*

*Hasta que renazcan las maravillosas sílfides de la palabra
en su movimiento de mariposa incansable.*

La mariposa blanca de la Claridad.

*Y ahora, el insomnio, sí, la resurrección del conocido
fantasma,*

*que dice que en esta época de trances nada se presta para
la poesía.*

Ni la sinécdoque adecuada ni el verso firme;

*ni la metáfora que perturba como un amanecer alcanza su concierto
en la desnudez del alma.*

*Por eso, la máquina tragamonedas que registra a los entusiastas
jamás te guardará en su lista de los objetos perdidos,
ni el Gran Festival de la Recitación asistirá al mundo.*

*Y esto se sabe porque viene de la Planta de los Esplendores,
que surge*

como la Ciudad Dorada que el viento resucita.

*Y escrito está en tu corazón, en el lenguaje del Príncipe
de la Carroza de Fuego.*

Y escrito quedará en las piedras.

*Y obren sobre ti las palabras secretas, Manuel Ruano,
como venenos de la Noche.*

*Los viejos venenos terribles de la devoción, tan sospechosa
como la virgen Niña bonita que juega a tentar al desesperado.*

*Y ahí están las antiguas armas con las que se arrebataron
el Amor*

*y lograron finalmente el odio. Aquellas encendidas alhajas
del fracaso,*

*las pócimas maravillosas e irresistibles de lo que quisiste ser.
Insignia flameante que acude como un potro enloquecido de la
pradera,*

*sin dejar siquiera un vestigio de lo que huye, la travesía tenaz
del vocabio adiós.*

No menos infalibles que la llave de la torre de oro.

*Ni menos reveladoras que el Goya de «La gallina ciega»
que toca a la Dama Sorpresa.*

*No por cantar el canto de los dioses, se pagan las culpas, no,
ni se cumplen los mandamientos de las Edades Iluminadas.*

*Por eso, obren sobre ti las negras aguas de la pasión
y, al menos,*

*resignate al oficio oscuro de bendecir las aburridas frases
que gobiernan al mundo, los ciclos horripilantes de algún sol,*

*el espantajo de esa frágil fragata de la ilusión que se hunde
cualquier mañana
ante el permanente anuncio de la leyenda sagrada.
Y no acuda, entonces, la palabra a la palabra como un mal olor.
Esa anónima artillería indebida que ha resuelto morir
con su traje de gala.
(No por el arte de la prudencia se advierten todos los peligros.)
Ni por tensar el arco se es arquero del rey.
Así el incendio cubra toda la floresta de los duendes azules,
como la página blanca de la Virtud y el gesto de la Insolencia.
¿Acaso la historia es el desgaste de algún cielo?
¿Acaso la muerte es su coronación?
¡Ojalá que la música vuelva a la música como el poema
al poema!
Igual que el Amadeus Mozart de los bellos demonios
hace su melodía.
Y aunque obren sobre ti, Manuel Ruano, los ecos del arrepentimiento,
desde el fondo de tu corazón te incrusto la fría espada
del desprecio,
hasta que por fin te pudras. Hasta que por fin, te llegue
la fiesta y el pánico y la perra gana de Cantar.*

MI PAIS ENCIENDE SUS VEGETALES SONOROS

(Para Félix Grande.)

I

*Este es mi Santo Oficio. Y mi verdad raja el cerebro
como una espada.
Aquí la ira ciega hace sangrar sus manos
en los vidrios quietos de la realidad.
Rompe esta furia mi mentira y tengo ganas de llorar.
Y cerrarme de infeliz a siempre y todo,
y de llorar.
Yo quiero esa música intratable que hace arder
dentro de mí los cielos
y hace perder esa ceniza de lo que fue hoguera
o manojo de nervios arrancados por el viento.

Aquí muere el mar. Tánatos me espera en su resplandor
oculto.*

*Exploro este mármol que oye crujir mis huesos
y sella definitivamente la entrada del Sol.*

Tánatos me espera.

*¿Dónde respira esa sombra que anuncia fiebres
de locura?*

¿Qué extraños barcos encallan en esta arena?

*¿Qué multitud acuchilla mi voz y bebe su sangre
y desconoce la tierra?*

*Mi País enciende sus vegetales sonoros y sus pájaros
marinos,*

*refiere sus raras fábulas y leyendas en la
Casa del Delirio,*

*abre su corazón y no tiene miedo de los Profetas
ni de los escorpiones o las tarántulas de la Niebla.*

*Yo quiero esa música intratable que domina
mis guerras*

*y los antiguos jardines y aborrece la caridad
y miseria.*

*Si, Pound, lo que bien amas permanece. Pero yo deseo
una herencia más elevada que la de mi propio dolor...*

*Habrá que esperar, lo sé, las nuevas estaciones
y la sorpresa turbia*

que hace llorar los muros de Jericó.

¡Oh, Josué, que exhortas al prodigio!

*Infamia del Tiempo que apesta como la carne
en descomposición.*

*Aunque allí reluzca amarillo el trigo y desgrane
blanco el maíz.*

en una canción de notas ágiles y dulces.

*De frutos que maduran alegres y lujuriosos
ante los ojos,*

*como una plegaria serena y fecunda que rechaza
el Altar de los Sacrificios.*

Sabiduría clave y piadosa que modela mi arcilla.

*¡En mi angustia está la fuerza! ¡Y yo quiero
esa música intratable!*

*He aprendido algo de esa nebulosa fría y lejana
que se extingue:*

En mi angustia está la verdadera fuerza.

La vertiente clara y transparente que chorrea

*fresca del manantial,
porque lleva la venganza de Hai que hace sonar
'as doradas trompetas del exterminio.*

II

*Aquí, en mi patíbulo de piedra áspera,
perdura la obediencia
como un paladar sediento que escoge el diluvio
y filtra sus viejos insectos como rayos invasores
del corazón anciano.
Acechanza invisible que soporta el triste saqueo
del alma.
Geología que almacena la humedad insustituible,
el menhir cierto,
el líquido meloso que alimenta el espíritu
y corre demasiado lento e impreciso...
Raro idioma de tributos desconocidos que levantan
una ciudad desierta.
Consagradas vides que nadie atiende. Nadie reconoce.
¡Oh, Adorador de voces!... ¡Yo quiero mi música
intratable!
Mis labios son sombras apenas. Sin duda fronteras
abiertas
donde llegan los antiguos habitantes del reino.
Sin duda rápidas garzas de la pesadilla distante
que han de venir.
Salitral enterrado entre manzanas rojas
de una pradera azul.*

*Este es mi Santo Oficio. Catástrofe que me hunde
lentamente.
Aquí se anuncian los desbordamientos de los ríos
amados.
Así oigo el remar de extrañas embarcaciones
que llegan con la oscuridad.
Así descubro los antiguos puentes que cruzan
la memoria,
los eternos puentes que siguen la ruta de la infancia.*

*Sí, mi País enciende sus vegetales sonoros.
Y una luz que lastima los ojos parte las sombras*

*en mil pedazos.
Sin duda, es mi propio dolor que nadie reconoce.*

III

*Los Huéspedes persisten en ese inmenso cuarto
de mi temor.*

*Región habitable donde perduran los juramentos
secretos*

*y las razones de pálidas flores que siguen
al renunciamento.*

*Fortaleza eficaz para proteger las voces peregrinas
y las esperanzas más dóciles en ese clima de Tormenta.*

*Se insiste en la condena de los viejos guerreros
de la soledad,*

*que controlan mi sombra y siguen las palabras
de este escriba medieval*

y doliente de las altas torres.

*MI palabra es estandarte que anuncia las cenizas
del Imperio.*

*Los Huéspedes saben de mi tormento grabado en los muros
de los amores desbocados por el infortunio.*

*Los Huéspedes esconden este rencor suicida de la Noche
que les grita a todos su despiadado epitafio.*

*Los Huéspedes son crueles y malditos e invocan
por la Hoguera.*

Aquel traicionado sueño de constelación perpetua.

*Traicionada estación del Paraíso que espera su jardín
de terco adiós.*

Arbol de Jesé en su desolación nocturna.

Exorcismo de mi yo.

*Pero en mi angustia está mi fuerza y su música
intratable.*

Acostumbrado trabajo de la muerte, que arroja sus semillas.

*Tierra mojada que huele a lento amanecer ante
los párpados.*

*Cuando mi País enciende sus vegetales sonoros,
se enfurecen las aguas y suenan los tambores del Futuro
hasta aturdir.*

*En las brillosas pieles del olvido nace la palabra adiós.
Ciénaga cubierta de tiernos tubérculos y florecillas
alegres
sobre las agrias raíces de Noviembre.*

*Este es mi Santo Oficio. Y mi verdad raja el cerebro
como una espada.*

MANUEL RUANO

Avda. Ppal. Las Palmas
Edificio La Almudena, 5.º Apt. 9
CARACAS 105 (Venezuela)